

EEUU

Desalineamiento de clase en Estados Unidos

Puede que algún día sea posible interpretar 2024 como una etapa en la creación de un nuevo orden político, pero esto dependerá de lo haga Trump con su victoria



Foto: BBC



PUBLICIDAD



OPEL SERVICE
**Pide cita y gana
fantásticos regalos con
tu mantenimiento**

No han sido unas elecciones reñidas. Puede que la reelección de Donald Trump no pase a los libros de historia como una victoria aplastante: medidos por el porcentaje obtenido de voto popular o por su traducción en el Colegio Electoral, sus márgenes están históricamente en la mitad del pelotón, pero su victoria no deja por ello de ser decisiva. En 2020 hubo siete estados titubeantes en los que el margen diferencial fue inferior a tres puntos porcentuales entre los dos candidatos para hacerse con la victoria en los mismos. En esa ocasión, seis de ellos fueron para Biden. La semana pasada Trump ganó los siete. En prácticamente la

totalidad de los miles de condados del país, mejoró sus números de 2020.

El resultado encaja malamente con la retórica del Partido Demócrata, de acuerdo con la cual todo tipo de compromiso se ha justificado como parte de un amplio frente contra el fascismo. Incluso desde un punto de vista formal, el fundamento de clase de esta estrategia era más el de la *union sacrée* que el del *Front Populaire*. Si nos atenemos a la experiencia estadounidense, la campaña de Harris parecía aspirar a algo similar al proyecto de Nixon de 1972 de fraguar una «nueva mayoría». Sin duda, los Demócratas de hoy carecen de la arrogancia y agilidad de Tricky Dick, pero, como él, imaginaron que era posible construir una coalición, que incluyera a la AFL-CIO, la Business Roundtable y al movimiento neoconservador (naciente en 1972, senescente en 2024). Al igual que Nixon, Biden trató de fortalecer el apoyo interno a los costes de la hegemonía internacional estadounidense administrando dosis homeopáticas de nacionalismo económico. Ambas administraciones equilibraron los aminoramientos de los compromisos militares estadounidenses (Vietnam entonces, Afganistán

ahora) con el apoyo redoblado a los brutales gendarmes regionales (el Sha entonces, Mohammad bin Salmán ahora).

La búsqueda de una amplia mayoría centrista requiere un antagonista que pueda ser enmarcado como alguien situado totalmente al margen del consenso nacional predominante. George McGovern (1922-2012), a pesar de ser hijo de un pastor de Dakota del Sur y un héroe de guerra, proporcionó la base necesaria para tal apelación. Una de las razones de ello era que su programa abogaba por la reordenación radical de la sociedad estadounidense: recortar el gasto militar en un tercio y redistribuirlo mediante un fuerte gravamen impuesto sobre las herencias y las ganancias de capital. Durante el verano de 1972, informaba *Business Week*, «incluso quienes se declaraban partidarios del Partido Demócrata de toda la vida, hablaban de “abrir cuentas en bancos suizos” y apoyar al presidente Nixon en noviembre». Profundizar en la crítica del carácter nacional estadounidense tampoco resultaba atractivo para infinidad de gente que no tenía cuentas en paraísos fiscales, sobre todo si trabajaba en las fábricas de armamento que McGovern amenazaba con cerrar.

Donald Trump no es George McGovern. El intento de presentarlo como extraño al cuerpo político fracasó, porque

no hay nada remotamente antiestadounidense en él. Su ADN político le vincula directamente con Nixon a través de *genuinos* estadounidenses como Roy Cohn y Pat Buchanan. Las cosas en Trump que supuestamente rompen el acuerdo tácito vigente –racismo, xenofobia, misoginia– tan solo pueden comprenderse como ajenas a la corriente predominante estadounidense por alguien con el equipamiento mental de un niño enfurruñado. El eslogan Make America Great Again está tomado prestado de Ronald Reagan, un héroe estadounidense, que se burló de los pobres por tener hambre, comparó a los diplomáticos africanos con monos y, siguiendo el consejo de Pat Buchanan, proclamó que las Waffen SS eran «víctimas al igual que lo era la población reclusa de los campos de concentración». La idea de que Trump podía ser desterrado a los márgenes consiguiendo que los designados por Reagan apoyaran a Harris nunca tuvo sentido para nadie que no se opusiera previamente al expresidente.

El planteamiento de los Demócratas de optar por una «coalición de todas las fuerzas democráticas» les dejó

singularmente mal preparados para sufrir una derrota popular

Nada de esto sería posible sin suscriptores

Apoyar ahora

Los Demócratas estaban preparados para unas elecciones reñidas o incluso para una derrota en el Colegio Electoral, que pudiera oponerse al voto popular contrario a Trump. Pero el planteamiento de optar por una «coalición de todas las fuerzas democráticas» les dejó singularmente mal preparados para sufrir una derrota popular. Entre el núcleo más duro de ideólogos del partido, la respuesta fue un brusco giro del patriotismo al antiamericanismo. Como dijo Rebecca Solnit: «Nuestro error fue pensar que vivíamos en un país mejor que

el nuestro». *The New York Times* describió «una conquista de la nación no por la fuerza, sino con una hoja de autorización».

Si la victoria democrática de Trump desbarató la noción de *resistencia*, la composición de clase de su mayoría desestabilizó las narrativas autocomplacientes en torno a la política económica de Biden. Durante el verano, mientras la senilidad de Biden pasaba de ser un secreto a voces a ser noticia de primera plana, una de las principales artífices de la política del gobierno del actual presidente recurrió a la economía como salvavidas. La economía estadounidense, tuiteó, es actualmente cuasi perfecta. Mientras atravesamos el momento político más difícil para los Demócratas del que yo he sido testigo a lo largo de mi vida, me limito a recordar, para que no lo olvidemos, que este gobierno ha puesto en marcha un nuevo tipo de economía. Está funcionando de maravilla y, pase lo que pase, no debería extraviarse.

Tras las elecciones, Bernie Sanders señaló que «no debería sorprender que si el Partido Demócrata ha abandonado a la clase trabajadora,

este descubra que ahora que la clase trabajadora le ha abandonado a él»

En ese momento, «pase lo que pase» se refería a la cuestión de si Biden sería sustituido por Harris. Las palabras tienen ahora un significado más definitivo, ya que dos tercios de los votantes dijeron a los encuestadores a pie de urna que la situación económica «no era buena» o directamente que era «mala», mientras que los votantes más preocupados por la economía se decantaron abrumadoramente por Trump. Tras las elecciones, Bernie Sanders señaló que «no debería sorprender que si el Partido Demócrata ha abandonado a la clase trabajadora, este descubra que ahora que la clase trabajadora le ha abandonado a él». Otros negaron que los Demócratas hubieran abandonado a la clase trabajadora, pero estuvieron de acuerdo en que la clase trabajadora había abandonado al partido, ya fuera porque deseaba positivamente el fascismo o, más caritativamente, porque había sido objeto de desinformación sobre el estado de la economía.

No creo que sea posible afirmar con rotundidad que Harris ha perdido debido a la economía y mucho menos que ella u otro

candidato demócrata podría haber ganado recurriendo a una retórica económica diferente. Y desde luego creo que simplemente no es serio afirmar que la clase trabajadora que rechazó a Harris ignoraba la realidad económica objetiva. Como los propios asesores salientes del Consejo Económico de Biden observaron el mes pasado, la participación de los «trabajadores» en la renta nacional se resintió durante la inflación provocada por la pandemia», lo cual hizo que la participación de las rentas del trabajo en el PIB, que es «un importante indicador de cómo se divide el pastel económico», fuera menor en 2024 de lo que lo había sido durante la presidencia de Trump. Quizá lo más pertinente al respecto sea afirmar que la clase trabajadora, como clase, no hizo nada. El voto es una prueba de *desalineamiento*, no de realineamiento: los votantes cuya renta se halla por debajo de los 100.000 dólares anuales se dividieron básicamente por la mitad.

¿Cuál ha sido la contrapartida elitista del desalineamiento de los votos de la clase trabajadora? Harris ganó entre los votantes con ingresos familiares anuales superiores a 100.000 dólares, pero se trata de un grupo bastante amplio equivalente a un tercio de los hogares estadounidenses. Se impuso por márgenes similares entre los hogares que ganan más de

200.000 dólares anuales, siendo este un grupo más selecto, equivalente a algo más del 10 por 100 de la totalidad de los hogares estadounidenses. Este grupo representa también aproximadamente al 10 por 100 de los hogares que poseen el 93 por 100 de los títulos cotizados en los mercados de valores, que ha sido el claro ganador del auge económico de Biden. De acuerdo con un estudio de Thomas Ferguson y Servaas Storm –«Trump versus Biden: The Macroeconomics of the Second Coming»– este mismo decil superior capturó el 59 por 100 del aumento general de la riqueza de los hogares creada desde 2019. A su vez, esta explosión de riqueza marcó la pauta para un auge del consumo altamente inequitativo a tenor de la cual el 10 por 100 de los hogares estadounidenses más ricos ha acaparado el 36,6 por 100 del aumento general del consumo registrado entre 2020 y 2023, cifra que asciende a más del 50 por 100 del mismo, si consideramos los dos deciles más ricos de la población estadounidense.

Es relevante que Trump recibiera el apoyo de importantes sectores del capital estadounidense, cuyas preocupaciones tienen menos que ver

con cuánto dinero tienen y más con el poder y las prerrogativas

La posición marxista al respecto ha sido la de afirmar que la clase es una relación, no un percentil de ingresos y, mucho menos, la posesión de un diploma. En este sentido, es relevante que Trump recibiera el apoyo de importantes sectores del capital estadounidense, cuyas preocupaciones tienen menos que ver con cuánto dinero tienen (demasiado para contarlo gobierne el partido que gobierne) y más con el poder y las prerrogativas. Durante el verano, *The New York Times* informó de que «las empresas de construcción no sindicadas están furiosas por las normas que exigen acuerdos entre contratistas y sindicatos en los grandes proyectos federales». El grupo de presión abanderado de las criptomonedas, que trabaja en nombre de una «industria» cuya propia existencia requiere políticos amistosos, gastó casi tanto en las elecciones federales de 2024 como todos los demás intereses empresariales juntos. En términos más generales, una fracción significativa de Silicon Valley ha decidido que el «*techlash*» [reacción negativa frente a las nuevas tecnologías y las grandes empresas tecnológicas] ha ido demasiado lejos.

Editorial

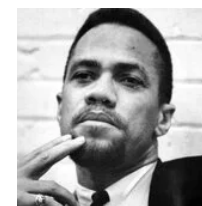
¿Hay que abandonar X?

Desde nuestro punto de vista, lo último que tiene que hacer la gente progresista y de izquierdas cuando los reaccionarios avanzan en cualquier ámbito...

Noticias de hoy



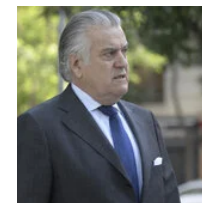
Mazón utiliza varios bulos para descargar toda la responsabilidad en el gobierno central y se niega a dimitir



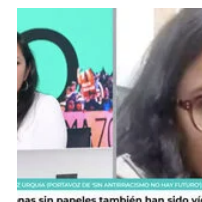
La familia de Malcolm X demanda al Gobierno de EEUU por facilitar el asesinato del activista

Estas fuerzas se asocian más públicamente con Trump, pero están bien representadas dentro del Partido Demócrata por figuras como David Shor, el encuestador que una vez dijo que «fue inteligente por parte de Obama intentar congraciarse con el sector tecnológico [...] y los Demócratas han cometido un enorme error al dar marcha atrás en este acercamiento». Según *The New York Times*, la campaña de Harris dio a la consultora de Shor, Blue Rose Research, «poder para fijar la agenda» sobre un presupuesto de 700 millones de dólares, gran parte de ellos recaudados de las tecnológicas. La mayor parte del dinero procedente del sector de las criptomonedas fue a parar a los Republicanos, pero los Demócratas recibieron lo suficiente como para que Chuck Schumer proclamara en un acto titulado «Crypto4Harris», que «las criptomonedas están aquí para quedarse pase lo que pase [...] todos creemos en el futuro de las criptomonedas». Para la mayor parte de la sociedad, el desalineamiento de clase significa polarización. Pero en los puestos de mando de la economía, quienes tienen suficiente dinero para cubrir sus apuestas se preparan para tener éxito en cualquier eventualidad.

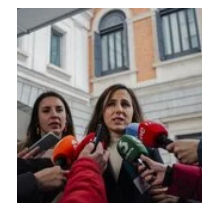
Dicho esto, desde el punto de vista del capital, ninguna de las dos opciones es ideal. Durante el verano la Business



El Supremo ratifica que el PP reformó la sede de Génova 13 con dinero negro pero reduce las penas a Luis Bárcenas



Karen Rodríguez: “No pueden recurrir a ningún tipo de ayuda porque no tienen papeles”



Podemos solicita que la UDEF aporte los expedientes íntegros de las operaciones Venus y Bolívar

PUBLICIDAD

Roundtable (organización que reúne a doscientos ejecutivos de las principales corporaciones estadounidenses) se reunió



Diario Red

Apoyar



Editorial Actualidad Medios América Latina Internacional Opinión Viñetas Cultura Deporte Memoria Canal Red

que el «enfasis en las alianzas globales» del Partido Demócrata y su respeto por la independencia de los bancos centrales «habían fomentado globalmente el tipo de confianza, que había permitido prosperar al capitalismo estadounidense». El propio Antonio Gramsci no podría haber escrito un ejemplo mejor de la elección entre el estrecho interés del capital por maximizar sus beneficios y la visión más amplia de garantizar sus intereses «hegemónicos». Paul Heideman, escribiendo en 2021, observó en la misma línea que la «peregrinación hacia la derecha del Partido Republicano también ha producido diversas externalidades negativas para el capital, de la incertidumbre innecesaria en torno a la deuda nacional a una devoción por el gobierno de las minorías, que está amenazando la legitimidad de un sistema político, que ha funcionado notablemente bien para los ricos ligados a las grandes corporaciones empresariales desde el siglo XIX». El ejemplo más espectacular de esto último fue el incidente del 6



NUEVO BERLINGO

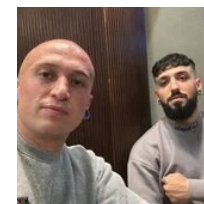
Desde 24.500€. Diseño más funcional y con nuevas ayudas a la conducción.



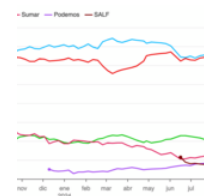
Lo más leído

de enero de 2021, que unió brevemente en el horror a la comunidad empresarial organizada, además de a las pequeñas empresas.

Desde esa perspectiva, el hecho de que Trump ganara por mayoría popular simplifica la vida de las empresas estadounidenses. En cuanto a la independencia de los bancos centrales, si la Business Roundtable no está especialmente preocupada por ello ahora mismo, puede ser porque sus miembros recuerdan 2019. A lo largo de ese año, Trump se quejó del presidente de la Reserva Federal, tuiteando en un momento dado: «¿Quién es nuestro mayor enemigo, Jay Powell o el presidente Xi?». Pero cuando preguntó a su círculo íntimo, si podía despedir legalmente a Powell, le dijeron de inmediato y de forma inequívoca que no podía. Según el corresponsal destacado en la Fed del *The Wall Street Journal*, incluso alguien como Larry Kudlow –una personalidad televisiva y «leal congraciador»- sabía que despedir a Powell, o incluso el rumor de ello, «aceleraría la caída en picado de los mercados». El secretario del Tesoro, Steven Mnuchin, lo suficientemente leal como para permanecer en su puesto durante todo el primer mandato de Trump, intercambiaba mensajes regularmente con el presidente de la Fed y «dejó claro que respaldaba a



Dani Martín y Mateo Millán son dos de los neonazis que cometieron una agresión la madrugada del 1 de noviembre en Huesca



Podemos ya supera en escaños a Sumar según el ElectoPanel



El caso Noelia Vera: así funciona la progresía mediática con respecto a Podemos



La presión social obliga a Mercadona a cerrar en Málaga y



Tarragona por la DANA

Powell». Cuando Trump apareció en la Business Roundtable este verano, llevó consigo a Kudlow, un recordatorio para los grandes ejecutivos del freno de emergencia, que habían accionado tan fácilmente la última vez que el «populismo económico» de Trump había amenazado con escapar del reino de la retórica.

La eufórica respuesta de Wall Street a los resultados electorales sugiere que «el mercado» no cree que Trump vaya en serio con las deportaciones masivas y los aranceles punitivos

Los capitalistas ya se han dejado llevar antes por la complacencia, incluso con respecto a Trump, y con toda seguridad su estilo impredecible y personalista creará nuevas tensiones con importantes sectores de la comunidad empresarial. La eufórica respuesta de Wall Street a los resultados electorales sugiere que «el mercado» no cree que Trump vaya en serio con las deportaciones masivas y los aranceles punitivos, pero incluso si no va tan lejos como promete, cualquier paso serio en la dirección del



"En boca de todos" cubrió el intercambio entre Iglesias y Pérez-Reverte, pero omitió el tuit en el que Iglesias recuerda que el escritor fue condenado por plagio

nacionalismo económico tendrá efectos diferenciales sobre las empresas, que podrían convertirse en fracturas políticas. Lo mismo puede ocurrir con el déficit presupuestario, sobre todo si vuelve la inflación por cualquier motivo.

El mayor comodín es probablemente la relación atlántica. La OTAN, como explicó uno de sus fundadores, no nació de un «cálculo estrictamente militar», sino que reflejaba una preocupación más amplia en cuanto a «si nuestro tipo de sociedad podría continuar con la democracia destruida en Europa y nuestras oportunidades de expansión económica reducidas». Incluso en 1949, al gobierno de Truman no le resultó sencillo convencer a la comunidad empresarial estadounidense de que su prosperidad dependía de las garantías aportadas por la seguridad transcontinental. Es posible que, si se reabriera el debate, todo el mundo acabaría mostrándose de acuerdo en que el viejo credo internacionalista empresarial sigue siendo tan convincente como siempre. Pero con independencia de cómo se resolviera, la mera reapertura del mismo podría ser útil para poner de relieve las fracturas existentes en el seno de la clase capitalista.

El columnista de *The New York Times* Jamelle Bouie proclamó que «la mayoría de nosotros probablemente moriremos viviendo en el orden político surgido de estas elecciones». Sin temor a pillarnos los dedos, podemos afirmar que esto es erróneo. La idea de un orden político, aludida por Bouie, fue introducida en el estudio de la política estadounidense efectuado por Arthur M. Schlesinger, Jr., genéricamente titulado «The Age of Roosevelt», cuyo primer volumen sobre la era del *New Deal* se titulaba *The Crisis of the Old Order, 1919-1933* (1957). Para el segundo volumen, *The Coming of the New Deal, 1933-1935* (1958), Schlesinger escogió una cita de Maquiavelo: «No hay nada más difícil de llevar a cabo, ni de más dudoso éxito, ni más peligroso de manejar, que iniciar un nuevo orden de cosas».

La hegemonía es más que una vibración y el realineamiento crítico no es solo un nombre elegante para una dramática noche electoral

Tanto la era de Roosevelt como su predecesora se habían apoyado en alineamientos de clase duraderos. El sistema de

1896 se fundó en la consolidación del capital corporativo en un movimiento de fusión histórico a escala mundial, que se aseguró en las urnas, no una sino repetidas veces, el apoyo de los trabajadores industriales, que creían tener interés en un desarrollo industrial protegido por aranceles. El orden del *New Deal* representó la incorporación del trabajo organizado como socio menor detrás de aquellas empresas que se beneficiarían o que al menor podrían tolerar la combinación sin precedentes efectuada por Roosevelt de libre comercio, bienestar social y legalidad sindical. Incluso la fracturada era del neoliberalismo estuvo precedida durante la década de 1970 por una movilización sin precedentes en la que, como dijo Thomas Edsall, «las empresas refinaron su capacidad de actuar como clase, dejando de lado los instintos competitivos en favor de una acción conjunta y cooperativa en el ámbito legislativo».

La hegemonía es más que una vibración y el realineamiento crítico no es solo un nombre elegante para una dramática noche electoral. Puede que algún día sea posible interpretar 2024 como una etapa en la creación de un nuevo orden político, pero ello dependerá de lo que ocurra después, esto es, de lo que Trump haga con su victoria y de cómo respondan

todos los demás actores a las fuerzas nacionales e internacionales desatadas por su segundo gobierno.

Recomendamos leer Tim Barker, «[Algunas cuestiones sobre el capitalismo político](#)», *NLR* 140/141; Robert Brenner y Dylan Riley, «[Siete tesis sobre la política estadounidense](#)», *NLR* 138.

Este ha aparecido en [Sidecar](#), el blog de la [New Left Review](#), y se publica con permiso expreso de su editor.



ETIQUETAS: Donald Trump, Partido Demócrata, Partido Republicano, clase trabajadora, Estados Unidos

Más en Armas para pensar

Zelensky se equivoca y pierde, pero nadie se atreve a decírselo

La defensa aérea de Irán: contraanálisis del bombardeo israelí

Al borde de un desastre climático irreversible

Izquierdistas ucranianos escriben a Pedro Sánchez y a la socialdemocracia internacional



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

QUIÉNES SOMOS LEGAL POLÍTICA DE COOKIES POLÍTICA DE PRIVACIDAD



